

LIBROS COLOMBIANOS RAROS Y CURIOSOS

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

— XXIV —

RAFAEL TORRES MARIÑO (1860-1946).—*Traducciones Poéticas de Longfellow*. M. M. Hernández, Editor. Oficina tipográfica, 35-37. Frankfort St. Nueva York, 1893. 12 x 17½. Retr. 126 págs.

Fue don Rafael Torres Mariño un notable hombre de ciencia, ingeniero civil de profesión, que lo mismo alternaba en la academia científica que en la literaria, manipulando con igual maestría el teodolito y la lira. Publicó, en revistas del país y del exterior, artículos interesantes de aplicación industrial, y también poesías originales y versiones de idiomas extraños. Recorrió varios países del Nuevo y del Viejo mundo, y encontrándose en Nueva York dio a la estampa el precioso librito antológico, en el que agrupó hermosas traducciones castellanas del gran poeta estadounidense.

La breve introducción que precede a la antología ordenada por Torres Mariño explica la génesis de ese libro:

“Por encargo del señor Caro, Vicepresidente de la República de Colombia, el señor Torres Mariño, ingeniero y poeta colombiano, formó esta colección de traducciones de Longfellow, parte publicadas, parte inéditas, para ser dada a la estampa con ocasión del Centenario del Descubrimiento de América, como muestra de fraternidad y homenaje afectuoso hacia el pueblo de los Estados Unidos.

“De los traductores que en esta colección figuran, son colombianos: Bond Macías, Caro, Casas, Fallon, Gómez, Manrique, Pombo (Manuel y Rafael), Posada y Torres Mariño...”. Esta es toda la introducción.

En efecto, además de los traductores colombianos enumerados, figuran en este libro versiones de Longfellow debidas a otros poetas, como al español Teodoro Llorente, a los cubanos Enrique José Varona y Rafael M. Merchán, al argentino Olegario Andrade, etc.

Y se echa de menos, a primera vista, en la antología de Torres Mariño, la presencia de otros traductores colombianos de Longfellow, por ningún concepto inferiores a los que figuran en ella, entre otros: César Conto, con el *Salmo de la Vida*; Rojas Garrido, con *El herrero de la aldea*;

Roberto Mac Douall, con *El amanecer*, y otros poemas; y, en fin, Candelario Obeso, con el *Himno a la Noche*.

Como quiera que sea, la edición, muy limitada, de este ya rarísimo libro colombiano, ordenada por el Gobierno del señor Caro, en homenaje afectuoso hacia el pueblo de los Estados Unidos de Norteamérica, en ocasión del cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, constituyó una muestra de oportunidad y buen gusto, digna del eminente humanista que la dispuso.

Enrique Wadsworth Longfellow, nacido en Portland, Estado del Maine, el 27 de febrero de 1807, es uno de los más grandes poetas de lengua inglesa, y comparte con Edgar Allan Poe y con Walt Whitmann, la primacía entre los poetas norteamericanos del siglo XIX. Era hombre de cultura extraordinaria, poseedor de varias lenguas vivas y muertas y muy fecundo autor. En la Universidad de Harvard enseñó literatura moderna por más de veinte años, y fue uno de los más eficaces divulgadores de la literatura española y la italiana, en los Estados Unidos. Tradujo, entre otros autores, a Jorge Manrique y al Dante, y escribió poesía original, novelas, obras teatrales, cuentos, crítica literaria, etc. Murió en 1882, diez años antes de celebrarse el IVº centenario del descubrimiento de América, pero su nombre estaba entonces en el cenit de la gloria. Cuatro años antes de aquella conmemoración universal, en septiembre de 1888, en la ciudad natal del poeta se había erigido su estatua en bronce, ocasión en la cual Mr. C. F. Leiby pronunció un hermoso discurso en su honor.

Muy bien escogido, pues, lo más hermoso de la obra poética de Longfellow para ofrecerlo a las personas cultas de Norteamérica, en cuidadosas versiones castellanas, como cordial testimonio amistoso para la patria de Washington y Lincoln. No solo por lo que fue el altísimo poeta, sino también el hombre bondadoso y caballeresco, el ciudadano cabal, el catedrático de raro mérito.

De *A Psalm of Life* hay dos versiones en este libro: la de Caro y la de Rafael Pombo. Ambas en versos octosílabos, asonantados los de Caro, aconsonantados los de Pombo. Y una y otra muy ceñidas al original, aún a la arquitectura exterior del verso inglés, inolvidable:

*Tell me not, in mournful numbers,
Life is but an empty dream!—
For the soul is dead that slumbers,
And things are not what they seem...*

Caro tradujo así esta primera estrofa del poema:

*Plañidero no me cantes:
"Sueño es vano la existencia;
Las imágenes engañan,
Como muerto está el que sueña..."*

Pombo, por su parte, la interpretó de este modo:

*No me digas en són triste:
"Sueño vano es la existencia;
Alma que duerme no existe,
Y es falaz toda apariencia..."*

Mac Douall, por su parte, en versión que no figura en este libro, tradujo así la estrofa original:

*No repetamos nunca con tono lastimero
que no es sino un ensueño la vida; no olvidemos
que el alma solo muere si yace en el reposo,
y el mundo no es el mundo que con los ojos vemos...*

En realidad, ninguna de estas tres versiones nos satisface por completo. En las dos primeras, Caro y Pombo, haciendo un verdadero *tour de force*, se empeñaron en seguir, en el fondo y en la forma, el poema original, dándoles a sus traducciones, en versos de arte menor, lo que solo le es posible a un idioma tan conciso como el inglés, tan diferente a la índole, frondosa y amplia, del español. Por este aspecto, la versión de Mac Douall parecería más aceptable. Sin embargo, a nuestro entender y para nuestro gusto, es César Conto, de todos los traductores colombianos que interpretaron el *Salmo de la vida*, quien hizo la versión más afortunada de las conocidas, hasta hoy en castellano. Por lo que resulta inexplicable que Torres Mariño no la hubiese escogido para exornar con ella el libro que estamos comentando, y más todavía al advertir que la versión de Conto era conocida del público desde 1874, como se puede comprobar al pasar la vista por la página 276 de su libro de *Versos*, editado en Londres. La primera estrofa de la versión de Conto, dice:

*No me digáis con dolorido acento:
"La vida es solamente una ilusión",
Porque está muerta el alma que dormita
Y las cosas parecen, mas no son...*

Dos versiones de *The Village Blacksmith*, debidas también a Caro y a Pombo, figuran en este libro. De tono solemne, escogido lenguaje y castigado estilo, la primera; más ágil, espontánea, despojada de galas retóricas, la de Pombo. Sin embargo, nuestras preferencias están por la traducción verdaderamente magistral de Mac Douall, que tampoco figura en esta antología de Torres Mariño, no obstante la galanura, el brío y la fidelidad que la caracterizan, como puede verse a la simple lectura de la primera estrofa:

*Bajo las ramas del castaño añoso
se levanta la fragua de la aldea;
es el herrero un hombre poderoso
de dura mano, que el calor oreo,
y de brazo robusto y musculoso,
tan fuertes como el hierro que golpea...*

Caro tradujo:

*Bajo umbroso castaño arde la forja
Y trabaja el herrero;
Es aquella la fragua de la aldea;
Hombre él fornido, entero,
Manos disformes, fuerza gigantea,
Musculación de acero...*

Pombo, por su parte, interpretó el mismo pasaje, de esta manera:

*Bajo un castaño extendido
La fragua enseñan del pueblo;
Y es el herrero un hombrón
De unas manos que dan miedo,
Anchos brazos, musculados
Como con sunchos de acero...*

El texto original de Longfellow, de diáfana sencillez, dice así:

*Under a spreading chestnut tree
The village smithy stands;
The smith, a mighty man is he,
With large and sinewy hands;
And the muscles of his brawny arms
Are strong as iron bands...*

Bastaría tener del idioma inglés un mediano conocimiento escolar, para advertir, sin mayor esfuerzo, la fidelidad de la versión de Mac Douall, y un elemental buen gusto literario, para valorar sus excelencias, por este otro aspecto. Sin hablar de que a la versión de Caro, que aparece en este libro, fáltale la última estrofa, hermosísima, del poema, que nunca tradujo el poeta colombiano, como puede verse en la página 130 del tomo VIII de sus *Obras Completas*, impreso en Bogotá, en 1945. No solo eso. En las notas que puso Caro a sus traducciones (Ob. cit. Pág. 378), al referirse al poema de Longfellow, dice a propósito: "Se ha suprimido la estrofa final, a mi juicio innecesaria y aún impertinente. El poeta termina dando gracias al herrero por la lección que le debe: la vida es una ardiente fragua donde se forja cada pensamiento y cada acción, labrando así cada cual en ella su suerte: especie de nota en verso que explica el sentido del cuadro y debilita la impresión benéfica que la muda contemplación deja en el ánimo. El proverbio *intelligenti pauca* es también regla de arte..."

Intelligente pauca suffiunt... Al buen entendedor, pocas palabras bastan, es verdad. Pero no son aplicables, a nuestro entender, la locución latina ni el refrán castellano al caso de la discutida última estrofa del poema de Longfellow, ni esta puede asimilarse a una especie de nota en verso, como lo pensó el grande humanista colombiano. Es claro que sin la

octava estrofa final, mantiene el poema la plenitud de su belleza estética, de su sentido artístico. Pero el poeta quiso añadir a eso una enseñanza moral. Y no le es lícito al traductor mutilarla. Y mucho menos cuando las ideas, de hondo sentido espiritual y humano, están expresadas tan bellamente como en el original aparecen:

*Thanks, thanks to thee, my worthy friend,
For the lesson thou hast taught!
Thus at the flaming forge of life
Our fortunes must be wrought:
Thus on its soundig anvil shaped
Each burning deed and thought!*

Tenía razón el P. Tomás Villarraga, nuestro ilustre preceptor de inglés, en los días de la infancia, cuando enseñaba a los alumnos, al comentar el texto original del poema de Longfellow, que Caro y Pombo hicieron bellas traducciones de esa poesía, pero que era muy difícil que tales versiones diesen exacta idea de la belleza del original inglés.

No estuvo feliz Pombo en la interpretación de *El Herrero de la Aldea*, que la hizo sin omitir la estrofa final. Nos gusta mucho más la versión de Rojas Garrido. Pero indudablemente se lleva la palma Mac Douall con su traducción insuperable, en la que la asendereada estrofa octava, que suprimió Caro, la puso en castellano de esta guisa:

*Gracias, humilde herrero de la aldea,
gracias por la lección que nos has dado!
¡Que así en la fragua de la vida sea
nuestro destino para el bien forjado,
y que cada acto nuestro, cada idea,
haya el sonoro yunque modelado!*

The Village Blacksmith es uno de los poemas de Longfellow más traducidos a idiomas extranjeros. El notable humanista Samuel Start Bond, cuyo nombre parece que hoy yaciera en injusto olvido, tradujo en Bogotá, en octubre de 1880, en elegantísimos dísticos latinos aquella poesía; que también figura en este libro, lo propio que la versión, en versos latinos, de otro poema del bardo norteamericano, *Blind Bartimeus*. La octava estrofa del poema, desdeñada por Caro, la tradujo Bond de la manera siguiente:

*Atque utinam dignas tibi possem solvere grates
Que mihi res tantas comis amice, doces!
Vita etenim fornax: sudores inter et ignes
Excudit sortem quisque paratque suam.
Perpetuo tundendi ictu resonabilis incus,
Si tua post obitum vivere facta cupis...*

Samuel Bond, muy amigo de Caro, quien murió en Bogotá, a los 69 años de edad, en 1885, tradujo también al latín el soneto escrito en lengua inglesa, *Night*, del poeta español Blanco Ehite. La versión de *El*

Herrero de la Aldea, de Longfellow, apareció por la primera vez en *El Repertorio Colombiano*, en noviembre de 1880, con la traducción castellana de Pombo.

Bellísima la traducción de Caro de *The Rainy Day* —*Días oscuros*— que figura en este libro, y de la cual hizo también una excelente versión Torres Mariño. Del original hace un amplio elogio el señor Caro en una extensa nota que figura en la página 377 del tomo VIII de sus *Obras Completas*. La versión española suya no es menos digna de elogio por la fidelidad al texto original, por el acierto del metro, de la rima y de los recursos artísticos del verso, en un esfuerzo afortunado por seguir las modalidades de la estrofa inglesa del poema, por la delicadeza de la inspiración y por el hondo sentimiento de que está revestida:

*Oscuro está el tiempo, la tarde está fría;
La lluvia me azota y el cierzo a porfía.
La vid aun al césped marchito se adhiere,
Mas lévase el viento la hoja que muere;
Y oscuro está el tiempo, la tarde está fría.*

*Declinan los años, la vida se enfría;
La lluvia me azota y el cierzo a porfía:
A glorias que fueron se adhiere la mente,
Mas barre esperanzas un soplo inclemente;
Declinan los años, la vida se enfría.*

*No, empero, desmayes; ¡alienta, alma mía!
El sol de repente sus rayos envía
Después que una nube robó su presencia.
Hombre eres; y es fuerza que en toda existencia
Lluvioso a las veces y oscuro esté el día...*

Caro vertió también al latín esta delicadísima poesía de Longfellow, dándole así la universalidad que ese idioma imprime a las obras en él escritas. No figura la traducción latina, que Caro tituló *Tempora Nubila* en este libro, pero vale la pena recordarla, para admirar en ella, una vez más, la maestría del humanista colombiano:

*Ut pluit, et circum quam tristi involvimur umbra!
Quam gelido nimbo me fera tundit hiems!*

*Vimen adhuc hederæ trunco religatur amico,
Sed miseræ frondes ventus acerbus agit.*

*Vita itidem cedit, tristisque innectimur umbra,
Et gelido nimbo nos fera tundit hiems.*

*Tum mens præteritos amplectitur arctius annos,
Marcida facta tamen spes fugitiva volat.*

*A ¡ne deficias: splendet post nubila Phoebus,
Atras ipse dies sic quoque vincit homo.*

La transcripción precedente está hecha del tomo de *Versiones Latinas*, de Caro, editado por el Instituto Caro y Cuervo, en Bogotá, en 1951.

Otras versiones castellanas dignas de mención, en este raro libro consagrado a Longfellow, son las siguientes: *El día lluvioso*, por Torres Mariño; *La Cuarterona*, por Alejandro Posada; *El viejo reloj*, por Venancio G. Manrique; *El amanecer*, por José Agustín Quintero; *Cansancio*, por Antonio Sellén, etc. Del gran literato cubano Rafael M. Merchán aparece aquí una versión fragmentaria, en elegante prosa castellana, de *Evangelina*. Pero está visto que la poesía jamás podrá traducirse en prosa, por remirada que se la suponga.

Pocos años después de publicada por orden del Vicepresidente Caro la selección poética de Longfellow, al cuidado de Torres Mariño, vio la luz en Bogotá, en 1898, en el volumen XVII de la ya rarísima *Biblioteca Popular*, de D. Jorge Roa, otra antología del poeta norteamericano que nos ocupa, en la que el editor procuró llenar los notorios vacíos advertidos en aquella. La forman 24 versiones, precedidas de una breve noticia biográfica y literaria, en la que se lee: "En cuanto a las versiones que hoy publicamos, debemos manifestar que unas las habíamos recogido de diferentes periódicos, y otras, muy pocas que no conocíamos, las hemos tomado del libro *Traducciones poéticas de Longfellow*, que el Gobierno de Colombia hizo publicar, en edición reducida, como homenaje respetuoso hacia el pueblo de los Estados Unidos, con ocasión del Centenario de Colón, en 1892...". (Pág. 2).

El precioso ejemplar que poseemos, adquirido hace varios años en una librería de viejo de la ciudad de Quito, lleva esta dedicatoria autógrafa: "Para mi muy inteligente amigo *Delio Seravile*, de R. M. Merchán. 1902".